

IX Capítulo de la Congregación Cisterciense de Castilla Madrid, 26 al 29 de Marzo de 2025

P. Mauro-Giuseppe Lepori OCist

La alegría del don de la fidelidad – Peregrinos de la Esperanza

El tema de vuestro Capítulo de Congregación es una provocación a detenernos en medio del camino de nuestra vocación, de nuestras comunidades, de nuestra Orden y de toda la Iglesia, para preguntarnos cuál es su sentido. Somos peregrinos porque somos llamados y enviados. Somos llamados por Cristo para caminar con Él, enviados por el Padre como Él lo fue, y nuestro destino, como para Jesús, es el Padre. ¿Somos fieles a esta vocación? ¿Es realmente la fidelidad un don para nosotros y para los demás? ¿Es nuestro don para Cristo mismo, el Esposo que viene? ¿Vivimos nuestra fidelidad con alegría? Todas estas preguntas se resumen básicamente en la segunda parte del tema: ¿somos "peregrinos de la esperanza"?

Tentados contra la esperanza

Hace unos días hablaba por teléfono con la mujer de un preso. Su marido lleva varios años en la cárcel, y saldrá dentro de varios años. Mientras tanto, ella está criando a sus hijos, en medio de los desafíos de toda familia, los desafíos a los que se enfrentan los adolescentes y los jóvenes de hoy. Me contó que, a menudo, al contemplar el estado del mundo, surgen en ella pensamientos oscuros, que la hacen mirar sin esperanza al futuro, especialmente de sus hijos y de los jóvenes. Le dije, en primer lugar, que todos sentimos esto hoy, que es una tentación que nos atenaza a todos, incluso a mí, incluso a nosotros, los de la vida monástica. Realmente habría que ser insensible y no amar a nadie para no sentir estos sentimientos. El mundo parece cada vez más feo, cada vez más embrutecido por los juegos de poder de los poderosos que, sin escrúpulos, presentan sus objetivos de dominación sobre los débiles y los pobres como si fueran la defensa de la civilización, de la dignidad de sus pueblos. El orgullo de un pueblo se propaga con desprecio de la dignidad de los demás pueblos. Todo se sacrifica al culto del yo, al fin y al cabo, incluso el propio pueblo, porque quieren hacer creer que el culto al emperador da dignidad a los pueblos que, en cambio, se esclavizan cada vez más a él. El egoísmo y la autorreferencialidad se convierten en las virtudes supremas.

Frente a todo esto, todos nosotros, como la señora que he mencionado, sentimos como una marea que sube y nos llega a la garganta, amenazando con ser asfixiados por un sentimiento de negatividad, de pesimismo que, como dice a menudo el Papa Francisco, "nos roba la esperanza". También nos tienta en esto la situación objetiva de nuestras comunidades, cada vez más frágiles, que pueden tener que cerrar.

Constatamos que esta tentación no es sólo compartida por todos nosotros, sino que fue también la tentación que acosó al mismo Jesús en Getsemaní. Al fin y al cabo, no era la perspectiva del sufrimiento y de la muerte en la cruz lo que inquietaba a Jesús. Jesús sintió la tentación de pensar que todo su sufrimiento y su muerte serían en vano, que la humanidad no sería salvada por el don definitivo de su vida. Jesús también sintió la tentación contra la esperanza.

¿Qué gana la desesperación?

Pero, ¿qué supera esta tentación? ¿Qué supera la desesperación, incluso cuando las razones para no esperar son reales, están ante nuestros ojos, como estaban ante sus ojos en Getsemaní la pasión y la muerte en las que Cristo sufriría plenamente el poder del mal?

Le dije a aquella señora que no era un esfuerzo por tener pensamientos positivos lo que la ayudaría, porque no somos nosotros mismos los que podemos darnos esperanza. Lo que necesitamos es una relación en la que podamos poner más confianza que aquello que nos inquieta, que quiere robarnos la esperanza. Es como un niño que tiene miedo de la noche. No son los pensamientos radiantes los que pueden vencer su miedo, porque la noche es una realidad a su alrededor. Ni siquiera la esperanza en tiempos mejores, en el día venidero, puede consolar al niño. Sólo le consuela que su madre le toque, le hable, le dé la mano, le abrace, y en esa relación, real, se derrite todo su miedo, su desesperación ante la negatividad que le envuelve y quiere penetrar en su corazón.

Inmediatamente pensé en el Salmo 22 y se lo cité a aquella señora:

“El Señor es mi Pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.
Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tu vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.
Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.
Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.”

Este es el salmo de la esperanza que supera toda tentación de abandono. La esperanza es la conciencia viva de una relación con Dios que está con nosotros, en todo momento y en toda situación, incluso en el "valle oscuro". La conciencia de que Él está conmigo me da seguridad. No soy yo quien me doy seguridad, quien me consuela y conforta, sino el Señor y la conciencia de mi relación con Él, de que Él es el buen Pastor que cuida de mí, que cuida de todos y de todo. Al fin y al cabo, cuando somos tentados contra la esperanza, no debemos pensar que somos tentados contra algo en nosotros, sino que somos tentados esencialmente contra la relación de confianza en el Señor, contra la fe en un Dios que nos ama con infinita caridad.

Incluso Jesús, cuando fue tentado en Getsemaní, no se infundió valor, no se dijo: 'Debo recuperar la esperanza, la pasión y la cruz no serán tan terribles como temo'. No, Jesús buscó al Padre, buscó y reavivó su relación de confianza con el Padre, con su 'Abba', y es esto lo que cambió todo, lo que puso en Él la esperanza a pesar de todo, contra toda esperanza. La realidad no se ha vuelto mejor, al contrario: siempre será peor, hasta la muerte en cruz y la sepultura, pero Jesús lo vivió todo, lo aceptó todo con la conciencia de que el Padre quería esto de Él, y que por eso estaba con Él a cada paso, hasta el final, y por tanto más allá del final. Pudo atravesar aquel "valle oscuro", el valle más oscuro de toda la historia del mundo, la mayor concentración de maldad de toda la historia del mundo, porque pudo repetir al Padre, aun sintiéndose abandonado: "Tú estás conmigo".

Fieles a Aquel que nos ama

¿Qué tiene que ver esto con "la alegría del don de la fidelidad"?

Pero ¿qué es la fidelidad, nuestra fidelidad al Señor de pobres hombres y mujeres frágiles, siempre tentados de temer, de perder la esperanza, de perder la alegría, qué es la fidelidad sino precisamente atravesar el valle oscuro de la vida agarrados de la mano del Señor, abandonándonos a esta relación, a esta relación de confianza en el Padre, en el Pastor, en el Esposo de nuestras almas?

Pero entonces podemos preguntarnos: ¿por qué debemos permanecer fieles al Señor y no a otros, a otros "dioses"? ¿Podemos realmente confiar en Él? Si todo va tan mal, ¿cómo podemos confiar en Dios? ¿Realmente nos apoya? Si nos dirigimos hacia la muerte (como hacia el cierre de tantas de nuestras comunidades), ¿qué sentido tiene permanecer fieles al Buen Pastor? ¿Qué sentido tiene caminar con Él si vamos a la muerte con Él?

Es aquí donde debemos recordar Getsemaní. De cómo Jesús mismo pasó por esta situación en la que la confianza en el Padre, el abandono en el Padre, en vez de llevarle a la vida, le llevó a la muerte. Nos damos cuenta de que el fruto de la fidelidad no es la seguridad, esquivar el peligro, la prueba, la muerte. El fruto de la fidelidad no es escapar de todo peligro. La fidelidad a Dios no nos da sólo la capacidad de sobrevivir: nos da la capacidad de vivir una vida más grande que la prueba, más grande que la muerte, porque también es más grande que nuestra vida. El fruto de la fidelidad confiada al buen Pastor no es huir y evitar el paso por el valle oscuro. El fruto de la fidelidad al buen Pastor es que podamos vivir este paso, que podamos atravesar el valle oscuro, el valle de la muerte, hacia la luz y la vida eterna. El fruto de la fidelidad es un fruto de Pascua: el "paso" por el valle oscuro se convierte en "Pascua", el paso por la muerte se convierte en resurrección.

Pero, ¿qué nos permite abandonarnos a este pasaje? ¿Qué nos da este valor, o al menos esta decisión, este "sí" al misterio pascual? Porque humanamente no es posible. No tenemos esa fuerza para aceptarlo. Y cuanto más frágiles, pequeños, viejos o enfermos nos volvemos, menos fuerza tenemos para atravesar el valle oscuro. Pero, precisamente: "Aunque atravesase el valle tenebroso, no temo ningún mal, porque tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado me dan seguridad".

Pero incluso esto puede no ser suficiente. No basta con tener un buen guía, un buen "guardaespaldas", incluso Dios, que nos dé fuerzas para atravesar la prueba y la muerte. De hecho, no es tanto la fuerza de Dios la que nos hace estar tranquilos y serenos. Es algo más profundo lo que nos ayuda, lo que nos refresca, lo que pone una fuerza misteriosa en nuestro corazón, la fuerza increíble de los mártires, o de tantas personas que soportan situaciones personales, comunitarias, sociales, históricas terribles. Lo que realmente nos consuela no es sólo que Dios nos ayuda, sino que Dios nos ama. Que el Señor nos ayuda porque nos ama.

Fieles al amor y no sólo al deber

Por eso me iluminó mucho una respuesta de la querida Sor Teresa de Talavera, que cito *urbi et orbi* en tantas ocasiones y a grupos de diversas vocaciones, porque expresa con sencillez el corazón del acontecimiento cristiano y, por tanto, también el corazón del don de la fidelidad, de la fidelidad como don que, cuando se acepta, permite la verdadera felicidad en el seguimiento de Cristo.

Mientras estaba con Sor Teresa en la capilla de la enfermería y hablábamos de su oración, de cómo cultivaba su intensa y franca relación con Jesús, que le daba la fuerza y la serenidad para vivir cada día en plenitud, a pesar de la fatiga física y moral de su condición, y de la soledad que conlleva incluso vivir en su hermosa comunidad, le pregunté la razón de esta verdad e intensidad de su vida. Al fin y al cabo, le pregunté cuál era el secreto de su fidelidad. Su respuesta fue sencilla y total al mismo tiempo. Volviéndose hacia el sagrario me dijo: "¡Me quiere mucho!".

Tal vez habríamos dicho: "¡Le quiero mucho!". Habríamos hablado de nosotros como sujeto, habríamos contemplado nuestra relación con Cristo como si dependiera de nosotros, en lugar de detenernos a contemplar a Cristo como sujeto y fuente de nuestra relación de amor con Él. Pero decir que le queremos mucho, sabemos que nunca es del todo cierto. Como Pedro –al menos a la tercera pregunta de Jesús: "¿Me amas?"–, sentimos que no podemos responder verdaderamente de nuestro amor a Cristo: «Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntara: "¿Me amas?", y le dijo: "Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo".» (Jn 21,17)

El gran error al concebir nuestra fidelidad al Señor, especialmente en una vocación de consagración total a Él, es pensar que la fidelidad debe estar garantizada por algo que damos a Dios. Así, el ámbito de nuestra fidelidad ya no es una relación, sino las cosas que hacemos, las cosas que damos, las cosas a las que renunciamos, las formas, las observancias, el culto, etc. Perdemos el sentido profundo de la fidelidad, que es una relación de amor. Por eso, el gran símbolo de la fidelidad a Dios en la Biblia es la relación conyugal. Dios nos pide la fidelidad de una novia amada al esposo que la ama, que la prefiere a todas y pide ser preferido a todos. Reducir la relación conyugal a cosas, a posesiones, a lo que uno hace o deja de hacer, convierte la fidelidad de la novia en la fidelidad de una sierva. Ya no es una cuestión de amor, sino de deber y de miedo.

Si hay tanta infidelidad en la vida religiosa, como en la vida matrimonial, es porque a menudo concebimos la fidelidad como un deber que hay que cumplir y no como una correspondencia del corazón a un amor gratuito e infinito.

Esto se debe también al hecho de que a menudo pensamos que obtenemos más de Dios si somos siervos fieles que si somos novias fieles. Al fin y al cabo, queremos asegurarnos de ser beneficiados, y si sólo damos amor, tememos que por Dios no sea suficiente, que no "paguemos" lo suficiente para obtener sus beneficios. Por eso, el pueblo de Israel se hizo un ídolo, un becerro de oro, porque ser amado con predilección por el Señor no era garantía suficiente de obtener bienes inmediatos, comida y bebida, y riquezas materiales. En cambio, del ídolo, aunque no nos sintamos amados, creemos recibir con más certeza lo que deseamos, porque pagamos al ídolo, damos nuestro oro por él. No confiamos en la gratuidad de Dios, que se nos da sin medida, porque siempre tememos que cuando Dios nos da todo de sí mismo, luego se olvide de darnos otras cosas que necesitamos inmediatamente y que en realidad creemos desear más que Dios.

Fieles a un amor eterno

Esto me trae a la memoria otra famosa palabra de Sor Teresa a la que yo había dado mucha resonancia hace un par de años. Le había preguntado qué era lo que ella consideraba más importante y urgente para vivir y revitalizar nuestra vocación en el momento actual. Ella me respondió con claridad y convicción: "¡Ser pobres!".

Pero la pobreza que necesitamos para ser verdaderamente fieles y felices de serlo es precisamente la que, en relación con el Señor, no desea otra cosa que su amor, no piensa en otra cosa que en el hecho de que Él nos ama mucho, infinitamente, y que esto basta para dar sentido y plenitud a la vida.

¿Por qué es suficiente? Porque Cristo nos ama con un amor eterno e infinito, con el amor de Dios que llama a nuestra puerta para entrar en nuestra existencia y experimentar con nosotros una comunión de vida: "He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, vendré a él, cenaré con él y él conmigo". (Ap 3,20)

Esta es la fidelidad que se nos pide, la fidelidad que es verdaderamente un don que nos llena de alegría, y que nos hace mirar la pobre morada en la que moramos (literalmente "morada" significa el lugar donde se *mora*), la pobre condición humana en la que vivimos, tal vez la pobre condición de nuestra comunidad, de nuestro monasterio, con una esperanza que dilata el corazón.

Pero ¿por qué la fidelidad al Señor dilata la vida y todo en la vida? Porque, como he dicho, es una fidelidad a un amor infinito, eterno. Vivir con la conciencia de que Jesús "me quiere mucho", es como vivir con la puerta de la habitación abierta al Cielo, a lo eterno. Es como si en una habitación oscura, fría y húmeda se quitara el techo, a mediodía, y de repente entrara todo el sol. Entonces, ya no es la pobreza, la miseria de la habitación lo que define nuestra vida en ella, porque domina el sol, la luz, el calor, la belleza del sol que todo lo invade y todo lo cambia.

En efecto, estamos llamados a la fidelidad a un amor eterno. Es lo que recuerda el padre en la parábola del hijo pródigo a su hijo mayor: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo" (Lc 15,31).

Sólo había permanecido fiel por los bienes materiales que podía recibir de su padre: "He aquí que hace muchos años que te sirvo y nunca te he desobedecido [es decir: siempre te he sido fiel en todo], y nunca me has dado un cabrito para festejar con mis amigos" (Lc 15,29). Fue fiel a todo menos al amor de su padre, esto es, a la relación filial con su padre. Por eso, como tantos monjes y monjas, tantas personas consagradas, vivió una fidelidad llena de exigencias, llena de cálculos y celos, y sobre todo una fidelidad triste y decepcionada. Si la fidelidad no es por un amor, es siempre una fidelidad mezquina, como un esclavo, como un prisionero.

El padre de la parábola aprovecha entonces el regreso del hijo menor para mostrar al hijo mayor que también quiere de él una relación de amor, que corresponda a su amor. El padre quiere tener hijos, no siervos; quiere compartirlo todo con ellos, no regatear calculando el toma y daca. Sobre todo, quiere compartir el amor, su amor sin límites, sin cálculos. Y no quiere compartirlo sólo cara a cara, sino que quiere compartirlo también cuando se dirige hacia los demás, hacia otros hermanos o hermanas, hacia los que no son amados, y especialmente hacia los que ya no merecen el amor del padre.

"Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo, pero debes alegrarte y regocijarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, ¡estaba perdido y ha sido encontrado!". (Lc 15,31-32)

Con esta parábola, el Señor nos dice: "Acepta las dimensiones infinitas de mi amor por ti, que incluye también el amor por tu hermano. Acepta mi gratuidad. Mi perdón por tu hermano perdido es la dimensión ilimitada de mi amor por ti. ¿Con qué otro amor podría amarte que con mi amor sin límites?".

Si nuestra fidelidad no entra en esta relación profunda con el amor de Dios, sigue siendo una fidelidad mundana y estéril, que no participa de la fecundidad del Padre que engendra al Hijo en el don del Espíritu Santo.

Ser fieles a un amor eterno, es decir, al amor de Dios que, como repite el estribillo del salmo 135, "es para siempre", significa para nosotros que Dios nos ama ahora, que nos ama infinitamente en cada momento, y esto dilata el corazón y la vida en el amor a Dios y al prójimo.

Ser fieles caminando juntos

Lo que he dicho sobre la parábola del hijo pródigo, debe recordarnos sobre todo que nuestra fidelidad no puede vivirse sola, o sólo para nosotros mismos, como si fuera un asunto privado entre cada uno de nosotros y Dios. Puesto que es una fidelidad al amor que Dios nos tiene, debe vivirse inevitablemente en comunión y debe crear también comunión entre nosotros. Y se nos pide que vivamos en comunidad precisamente para acoger mejor el amor del Señor y para ayudarnos mutuamente a ser fieles a este amor eterno e infinito.

Estamos unidos para unirnos al Señor, para unirnos al Esposo que viene. Casi todas las parábolas sobre la vigilancia que espera al Rey, al Esposo que viene, son parábolas comunitarias. Hay diez vírgenes; el Rey vuelve a una casa en la que están reunidos

varios sirvientes, aunque se llama primero al portero o al mayordomo para que vigile, para que despierte a los demás para acoger al Señor.

El otro día, visitando nuestras Hermanas de Castagniers, tuve que comentar el Capítulo de la Regla, y se leyó un pasaje del Capítulo 43: "Los que llegan tarde a la obra de Dios y al refectorio:

"En cuanto al refectorio, quien no llegue antes del versículo para que todos unidos digan el versículo, recen y luego se sienten juntos a la mesa, si la falta se debe a negligencia o mala voluntad, que sea reprendido hasta dos veces. Pero si aún así no se corrige, que sea excluido de la mesa común y coma solo, separado de la comunidad y sin su ración de vino, hasta que se haya reparado y corregido. El mismo castigo se infligirá al monje que no esté presente en el versículo recitado después de la comida." (RB 43:13-17)

Escuchando este pasaje de la Regla, me di cuenta de la preocupación de San Benito de que no nos reunamos sólo para convivir, para estar juntos, o para comer y beber, para tener lo necesario para sobrevivir, sino para la comunión en Cristo, para estar unidos en su nombre, pidiendo y recibiendo su presencia, su amor. Por eso no basta con que vengamos a la mesa sólo para comer, sino que acudimos a ella para la oración que la precede y nos quedamos para la oración que la concluye. Para comer y beber, para recibir lo que necesitamos para sobrevivir, no es necesario vivir en comunidad, vivir en un monasterio. Pero para que toda nuestra vida, incluso comer y beber, dormir, trabajar, etc., se viva en fidelidad al Esposo que viene, se viva en la esperanza en Él y en la alegría de su presencia, necesitamos la comunión fraterna, necesitamos ser fieles a la vida de la comunidad, a la vida de la Iglesia y, por tanto, a los gestos que nos ayudan a recordarle, aunque sólo sea un versículo recitado antes o después de la comida.

Es necesario ser fieles al Señor, pero si somos fieles al Señor, si queremos ser suyos y estar unidos a Él como Esposo de la vida, entonces comprendemos que debemos ser fieles a la vida de la comunidad hasta en los detalles, hasta en la puntualidad en las comidas, guardando hasta el más pequeño gesto de memoria de Él que la Regla nos enseña para recordarnos que estamos juntos para acoger la comunión en Cristo y para que nuestra fidelidad esté siempre animada por la esperanza y dé esperanza a nuestros hermanos y a toda la humanidad.